

## LA POLÍTICA Y SUS ESCENAS EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI

*Politics and its scenes in 21<sup>st</sup> century argentina*

Camila Cuello<sup>1</sup>

### RESUMO

A começos desse século XXI, um vigoroso movimento popular fazia cair, na Argentina, um governo elegido pouco mais de dois anos antes e abría, ao mesmo tempo, um novo ciclo na história do país e um novo conjunto de desafios para o pensamento teórico sobre a política. Diante de uma discussão que opôs aqueles que qualificaram esse movimento como “político” por sua capacidade de impactar nas instituições governamentais do Estado e aqueles que o descreveram como “antipolítico” porque identificavam a política com aquelas mesmas instituições que essa manifestação veio a movimentar, este trabalho opta por enfatizar que aquele foi, sim, um evento político, mas que a sua dimensão política foi a forma como permitiu o surgimento de um sujeito ou de um grupo de sujeitos que, por meio da sua ação e da sua palavra, ampliou o espaço da discussão coletiva sobre o destino do país. E sugere que o caminho para ser fieis ao que esse impulso teve de mais inovador é perseverar hoje, em condições históricas muito diferentes das de vinte anos atrás, na necessidade de sustentar o espaço público democrático como um espaço aberto à possibilidade de permanente aparição e expressão das mais diversas vozes que venham a enriquecer a necessária discussão sobre o futuro do país que os cidadãos argentinos têm pela frente.

**Palavras-chave:** manifestación, política, república, libertad, participación.

### ABSTRACT

At the beginning of the 21st century, a vigorous popular movement brought down, in Argentina, a government elected just over two years earlier and, at the same time, opened a new cycle in the country's history and a new set of challenges for theoretical thinking about the politics. Faced with a discussion that opposed those who qualified this movement as “political” for its ability to impact the governmental institutions of the State and those who described it as “anti-political” because they identified politics with those institutions that this manifestation came to move, this article chooses to emphasize that the popular movement of December 2001 was, indeed, a political event, but that its political dimension is to be found in the way in which it allowed the emergence of a subject or a group of subjects who, through their actions and their words, expanded the space for collective discussion about the country's destiny. And it suggests that the way to be faithful to what was most innovative in this impulse is to persevere today, in historical conditions very different from those of twenty years ago, in the need to sustain the democratic public space as a space open to the possibility of permanent appearance and expression. of the most diverse voices that will enrich the necessary discussion about the future of the country that Argentine citizens face.

**Key words:** manifestation, politics, republic, freedom, participation.

---

<sup>1</sup> Es licenciada en Estudios Políticos y especialista en Filosofía Política por la Universidad Nacional de General Sarmiento. Actualmente se desempeña como becaria interna doctoral del Consejo de investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Realiza su doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. E-mail: camilacuello1988@gmail.com

En diciembre de 2001, un acontecimiento de particular intensidad sacudió la escena pública argentina y abrió un nuevo tiempo en la historia política de ese país. Una fuerte manifestación popular puso en jaque primero, y terminó por derrumbar horas después, a un gobierno que, entre tanto, agregó al conservadurismo y la torpeza de los que venía haciendo gala en el trato con las urgencias que afectaban a vastos sectores de la población –y que sus políticas cada vez más inflexibles no hacían otra cosa que agravar– la criminalidad de la decisión de responder a esa masiva expresión de protesta con una represión feroz. Inútil: a la tarde del 20 de diciembre, incapaz ya de sostenerse frente al desborde de la movilización de la ciudadanía, el presidente de la nación presentaba su renuncia. Siguió semanas de desconcierto, angustia e intentos del “sistema político” de volver a la “normalidad” una situación que se había salido del cauce habitual que adoptan en las sociedades liberal-democráticas los asuntos públicos. El repudio a la “clase política” (que en los días de las manifestaciones más intensas se había expresado en la consigna “¡Que se vayan todos!”) tuvo como correlato una fuerte disposición de una cantidad de ciudadanos, ciudadanas y grupos de distinto tipo a tomar las calles, plazas y parques de las principales ciudades del país (especialmente de Buenos Aires, epicentro de todo el movimiento) y a darse, en esos escenarios, un conjunto de mecanismos assemblearios de conversación y discusión. De ideas, de argumentos, de razones, de proyectos. Algo de una especie de “soberanía popular” parecía retornar a las manos y al espíritu de una cantidad de argentinos y argentinas que podían experimentar la sensación de haber vuelto a tener *algo que ver* con el manejo de la cosa pública, del que la dinámica política de los años previos, del liberalismo de los años de la “transición” a la democracia primero y del neoliberalismo de los de la “pos-transición” después, los había ido alejando con particular inclemencia.

Por supuesto, este fenómeno (como el de las manifestaciones callejeras que lo precedieron y lo hicieron posible) fue también fugaz. Menos fugaz, desde luego, que el “estallido” de diciembre de 2001, pero en todo caso efímero. Lo cual, por cierto, no le quita nada de su enorme interés: en los agitados meses que siguieron a la caída del gobierno nacional que había asumido en 1999, la vida política argentina se vio fuertemente enriquecida por una cantidad de formas de organización de la conversación colectiva, del intercambio de ideas, de proyectos y de sueños, que no abandonarían el centro de la escena sin dejar sobre los modos de la vida política nacional una impronta que la marcaría decisivamente en adelante. Entre tanto, después de las dificultades que encontrarían, uno tras otro, los sucesivos reemplazantes del presidente renunciante que, en los términos que establece la Constitución Nacional, se fueron relevando en el sillón presidencial sin conseguir ordenar la situación, la Asamblea Legislativa nombró presidente provisional de la nación a un experimentado político perteneciente al partido hasta entonces opositor (de hecho, él mismo derrotado por el renunciante De la Rúa en la pugna electoral por la presidencia que habían sostenido poco más de dos años antes), el senador Eduardo Duhalde, quien llevó adelante una gestión “pacificadora”, de tono, digamos, “conservador

popular”<sup>2</sup>, cuya evaluación serena y ponderada es todavía, nos parece, un asunto pendiente en la Argentina. Durante un año y medio, la escena política nacional mostraría pues la sugerente convivencia de un conjunto de intentos de poner en caja “desde arriba” la desordenada situación y de una cantidad de manifestaciones de la vitalidad que aún conservaba el impulso fuertemente democratizador nacido de las manifestaciones de diciembre de 2001 y de las distintas formas de organización y auto-organización de la vocación participativa de la ciudadanía en los meses que siguieron.

A comienzos de 2003, la presidencia provisional del Dr. Duhalde, en medio de la fuerte protesta popular por la brutalidad de la represión policial sobre una movilización popular que había terminado, poco antes, con dos víctimas fatales, llega a su fin unos meses antes de lo previsto, y unas nuevas elecciones nacionales terminan de “normalizar” la situación institucional. El 25 de mayo asume la presidencia el Dr. Néstor Kirchner, quien no deja de procurar —y de conseguir, por cierto— consolidar la paz política y social precariamente alcanzada por el breve gobierno que lo había antecedido, pero que al mismo tiempo no deja tampoco de tener un oído atento a los ecos de las movilizaciones populares que durante los dos años precedentes habían sido una presencia constante en la vida pública nacional, a sostener con los dirigentes de muchos de los grupos más activos de los que las habían protagonizado todo tipo de relaciones, de incorporar incluso a varios de ellos a su propio esquema de gobierno<sup>3</sup> y al heterogéneo equipo que conformó para el manejo del aparato del Estado. ¿La movilización democrática de la sociedad había “llegado”, pues, al gobierno del Estado, o habría que decir, mejor, que este había logrado “cooptar” a unos cuantos dirigentes? Vamos a formularnos y a tratar de responder esta pregunta en lo que sigue. Pero más allá de ella vamos a preguntarnos por las formas de persistencia o por los modos del *mutis por el foro* (o por las modalidades específicas de articulación *entre* “persistencia” y “mutis por el foro”) de ese espíritu público de movilización y participación en los asuntos colectivos

---

<sup>2</sup> Tras la renuncia de De la Rúa el 21 de diciembre de 2001, se designó a Ramón Puerta como presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo. El 23 de diciembre la Asamblea Legislativa eligió al entonces gobernador de la provincia de San Luis Adolfo Rodríguez Saá para llevar adelante un mandato de tres meses y convocar a elecciones para el mes de marzo de 2002. Sin embargo, el 30 de diciembre de 2001 el presidente provisional presentaba él también su renuncia, y —dada la ausencia del vicepresidente y la negativa del ya mencionado Puerta a tomar el timón de mando del gobierno— es designado como presidente, transitoriamente, Eduardo Caamaño, que era presidente de la Cámara de Diputados. Finalmente, el 2 de enero de 2002, la Asamblea Legislativa designa presidente provisional de la nación a Eduardo Duhalde, quien ejerce el cargo hasta el 25 de Mayo de 2003.

<sup>3</sup> Un ejemplo paradigmático de la compleja relación entre los movimientos sociales y el gobierno es el de la Federación “Tierra y Vivienda” (FTV). La organización, creada formalmente en 1998 bajo la dirección de Luis D’Elía, desarrolló diversas movilizaciones y tomas de tierra en abierta oposición al modelo socioeconómico neoliberal imperante entonces. Como sostienen Pérez y Natalucci, el vínculo de la FTV con el gobierno de Néstor Kirchner se consolidó en tanto las medidas adoptadas fueron interpretadas en la clave de las tres banderas históricas del peronismo: soberanía política, independencia económica y justicia social, y de una preocupación por la reconstrucción del movimiento nacional, lo que permitió el surgimiento de un nuevo espacio militante a partir de “la recreación de una matriz movimientista de participación y movilización” (PÉREZ, Germán y NATALUCCI, Ana. “La matriz movimientista de acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante kirchnerista”. En: *Revista América Latina Hoy*, N° 54, 2010, p. 100. Asimismo, los vínculos entre la FTV y el gobierno se profundizaron con la creación de la Subsecretaría de Tierras para el Hábitat Social, que permitió la continuidad de los proyectos e iniciativas llevados adelante en los barrios.

que en aquellas jornadas de diciembre de 2001 fue tan visible y tan intenso, pero que no está dicho que no pueda o incluso que no *deba* acompañar las diversas formas en que la vida política institucional se despliega y organiza en una república democrática, si entendemos por “república” algo más que un conjunto de buenas maneras de la mesa y por “democracia” algo más que la vigencia de los principios del liberalismo político más convencional.

En estas páginas nos interesa considerar en su conjunto este ciclo de la vida política argentina que nace hace dos décadas y que llega hasta nosotros, prestando atención a los modos en los que a lo largo de los primeros años de ese ciclo, tan atípicos, tan dinámicos, se pensó la *cosa pública*, se habitaron los espacios *públicos*, se amplificaron (o eventualmente —porque esa interpretación de las cosas es también posible y ha dominado cierta zona de la crítica— se buscó y acaso se consiguió, a partir de cierto punto o de cierto momento, *limitar*) los márgenes o los bordes de lo *público*, y estudiando la secuencia posterior de los hechos que, desde entonces hasta hoy mismo, han ido determinando sucesivas transformaciones en los modos de estructurarse, de habitarse y de pensarse esos espacios “públicos”, esa *cosa pública* que es el conjunto de espacios y de escenas donde los ciudadanos y las ciudadanas, las organizaciones y los grupos, intervenimos con nuestros argumentos y nuestras razones, con nuestros proyectos, nuestros miedos y nuestras esperanzas, a la luz pública y con los demás y entre los demás, en la definición de las coordenadas de nuestra vida en común. Trataremos de aprovechar algunas categorías del pensamiento político de Hannah Arendt para examinar en términos de una teoría sobre la democracia, sobre la participación popular y *sobre la república* las manifestaciones de 2001, sus prolongaciones y corolarios durante los varios años que siguieron, y las características que presenta hoy, en términos de su compromiso con los valores que asociamos con las grandes tradiciones democrática y republicana, el sistema político argentino.

## 1.

Las manifestaciones de diciembre de 2001 presentan el interés de haber sido, desde el momento en que se produjeron y hasta estos mismos días que pasan y que corren, objeto de distintas exégesis y elucidaciones, de distintas estrategias narrativas, inspiradas en matrices teóricas diferentes y a veces contrapuestas. Esa pluralidad de perspectivas permite identificar, simplificando un poco, dos grandes tipos de abordajes sobre aquellas circunstancias de dos décadas atrás: el que engloba las lecturas que caracterizan las movilizaciones del 19 y el 20 de diciembre de 2001 como manifestaciones de naturaleza *política* y el que abarca el conjunto de interpretaciones que subrayan, al revés, su carácter *anti-político*. Pertenecen al primer grupo el tipo de abordaje que pensó o que todavía piensa las jornadas de diciembre como un movimiento *destituyente* llevado adelante por una multitud polimorfa y plural frente a

las instituciones del sistema representativo<sup>4</sup>, la lectura de la izquierda partidaria que las conceptualizó como un momento de la lucha de la clase obrera contra la articulación estatal de la dominación capitalista<sup>5</sup>, los estudios sociológicos que las interpretaron como la expresión de una acumulación de combates contra las políticas económicamente neoliberales y políticamente desestimulantes de la participación popular en los asuntos públicos que se venían desplegando desde el gobierno del Estado<sup>6</sup> y las miradas politológicas que las entendieron como un resultado de la crisis de representación de las dirigencias políticas de la hora<sup>7</sup>. En todos los casos, lo que define el carácter político de las manifestaciones en análisis es su *negatividad* (un valor cuya importancia para la política nos enseñó hace tiempo Maquiavelo) frente a las instituciones en las que se organiza el poder de los que mandan. Pertenecen en cambio al segundo grupo las miradas —propias de la politología más institucionalista— que advierten también el valor de impugnación de esas instituciones por parte de las movilizaciones decembrinas, pero que, en la medida en que identifican con esas instituciones a *la política misma*, califican como *anti-políticas* a esas movilizaciones que las cuestionaban<sup>8</sup>. El enfrentamiento al sistema institucional es lo que hace *político* el acontecimiento para unos, y lo que lo vuelve *anti-político* para los otros.

El problema es que la mirada sobre la política que está en la base de *todas* estas caracterizaciones peca de un conjunto de vicios —que Arendt pensaba como *prejuicios contra la política*<sup>9</sup>— que no habría que apurarse a aceptar tan rápido: imagina las instituciones (a las que justo por eso les da una importancia tan grande) como el instrumento fundamental para el ejercicio de la dominación de unos hombres o de unos grupos sobre otros, supone que las acciones que los sujetos realizan sobre el mundo responden a una *voluntad* y a un *objetivo*, y cree que por lo tanto esas acciones pueden ser juzgadas como exitosas o como fallidas de acuerdo a si consiguieron o no, para el sujeto que las pergeñó y las llevó adelante, ese objetivo que se había propuesto. Como sostiene Arendt, confunde así con lo político a “aquello que acabaría con la política<sup>10</sup> y presenta lo que sería una catástrofe como si perteneciera a la naturaleza del asunto y fuera, por lo tanto, inevitable” (Arendt, 2009: 49).

---

<sup>4</sup> Colectivo SITUACIONES. *19 y 20. Apuntes para un nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: De mano en mano, 2002.

<sup>5</sup> ALTAMIRA, Jorge. *El Argentinazo. El presente como historia*. Buenos Aires: Rumbos, 2003.

<sup>6</sup> SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián. *La buella piquetera: avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires: Al Margen, 2008; SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos, 2009; SCHUSTER, Federico et. al. *La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Científicas Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Informe de coyuntura N° 3, 2002.

<sup>7</sup> CHERESKY, Isidoro y BLANQUER, Jean-Michel. *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*. Rosario: Homo Sapiens, 2003.

<sup>8</sup> NOVARO, Marcos (comp.). *El derrumbe de lo político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires: Norma, 2002.

<sup>9</sup> ARENDT, Hannah. *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós, 2009.

<sup>10</sup> Estos prejuicios que “acabaría con la política” corresponden a una época —la de Arendt— cuyas experiencias fundamentales son el totalitarismo y la amenaza del exterminio total por las armas nucleares. “Tras los prejuicios contra la política se encuentra hoy en día (...) la esperanza de que la humanidad será razonable y se deshará de la

*Contra* esta mirada instrumentalista, teleológica e institucionalista<sup>11</sup> sobre la política, parece productivo recuperar un modo de pensar las cosas (las cosas en general, las movilizaciones argentinas de diciembre de 2001 en particular) que, inspirado en la obra de Arendt, fundamentalmente en *La Condición Humana*<sup>12</sup>, y también en la lectura de esa obra propuesta por el filósofo francés Étienne Tassin<sup>13</sup>, es un modo de pensar *filosóficamente fenomenológico* y *políticamente republicano*. Filosóficamente fenomenológico: porque no se separa de la acción ni del discurso para considerarlos desde afuera, sino que empieza a pensar a partir de la materialidad de esa acción y ese discurso a través de los cuales el actor político se revela, se presenta, ante sí mismo y ante los demás. En efecto, no hay, en esta perspectiva, un actor que, movido por una voluntad o un objetivo, lleva adelante sobre el mundo una acción para alcanzarlo; *hay actor como resultado de la acción o del discurso con el que ese actor se constituye a sí mismo revelándose ante los demás*. Y políticamente republicano: porque es en el espacio *público*, en la esfera pública (que por supuesto que no es una esfera libre de tensiones, sino, al contrario, una llena de intereses enfrentados y de conflictos de diverso tipo) que se produce esa *aparición*, esa *revelación* o *presentación*, ese – en un sentido decisivo– *nacimiento* del actor político. La capacidad reveladora de la acción y del discurso se consume –podríamos decir, con Arendt– a la luz de lo público:

La función del ámbito público es iluminar los sucesos humanos al proporcionar un espacio de apariencias, un espacio de visibilidad, en que hombres y mujeres pueden ser vistos y oídos, y revelar mediante la palabra y el acto *quiénes* son<sup>14</sup>.

El sujeto, individual o colectivo, se *manifiesta*, pues, en público, a la luz pública, en el espacio o en la esfera de lo público<sup>15</sup>. Este es el sentido profundo de la idea de *manifestación* (usual en nuestro lenguaje político corriente) en el modo en que la emplea Tassin<sup>16</sup>. La manifestación es la forma de

política antes que de sí misma (mediante un gobierno mundial que disuelva el Estado en una maquinaria administrativa, que resuelva los conflictos políticos burocráticamente y que sustituya los ejércitos por cuerpos policiales”. *Ibid.*, p. 50.

<sup>11</sup> Según Tassin, “la fuente de los prejuicios que ordinariamente hacen concebir la política como un medio coercitivo para ejercer una dominación reside en (...) *la creencia en la voluntad*. Esta creencia permite afirmar que toda acción política procede y se funda en una voluntad “lo cual significa no solamente que las acciones políticas obedecen a una voluntad –o sea, a un cierto tipo de intencionalidad que les daría sentido y las justificaría- sino también que la voluntad es el principio de legitimidad de las políticas democráticas modernas. (...) Parece ir de suyo que el pueblo quiere, que es de este querer de donde nace su poder soberano, y de allí el poder gubernamental que se presenta como el representante de esta soberanía popular. TASSIN, Étienne. “El pueblo no quiere”. En: *Al Margen*. N° 21-22 (*Hannah Arendt. Pensadora en tiempos de oscuridad*), pp. 106-7.

<sup>12</sup> ARENDT, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2003.

<sup>13</sup> TASSIN, Étienne. *Le trésor perdu. Hannah Arendt, l'intelligence de l'action politique*. París: Payot, 1999.

<sup>14</sup> ARENDT, Hannah. *¿Qué es...? Op. Cit.* p. 71

<sup>15</sup> No obstante, el carácter público de los espacios no refiere únicamente a *estar juntos*. En este sentido, en el ensayo titulado “Las técnicas de las Ciencias Sociales y el estudio de los campos de concentración”, Arendt sostiene que en los campos de concentración los hombres están juntos pero no tienen la posibilidad de desplegar acción y discurso, es decir, de *aparecer*. En este sentido sostiene que allí los hombres han sido “transformados en seres enteramente condicionados, cuyas reacciones pueden calcularse, incluso en el momento de ser llevado a una muerte segura” (ARENDT, Hannah. *Ensayos de comprensión* [1930-1954], Madrid: Caparrós, 2005, p.157).

<sup>16</sup> TASSIN, Étienne. *Le trésor...*

presentificación ante sí mismo y ante los demás de un actor individual o colectivo que se hace posible gracias a la visibilidad característica de ese espacio público en cuyo seno *aparece*, “nace”, inquietando, sacudiendo o rompiendo los marcos mismos que lo organizaban. La *manifestación*, escribe Tassin,

hace visible una comunidad de actores al tiempo que rompe los marcos convencionales de una gramática política que se reduce a sí misma a las prácticas de poder gubernamental y de oposición a ese poder. A la vez insurgente e instituyente – al menos en potencia, ya que es realmente insurgente en contadas ocasiones–, fractura el orden de lo visible al mismo tiempo que revela a los actores, expone a las comunidades contestatarias y restituye continuamente el espacio público de aparición que le es propio.<sup>17</sup>

La fenomenología de la acción política que nos proponen Arendt y Tassin nos conduce necesariamente, así, a un pensamiento sobre el conflicto, en la medida en que *lo político* de una manifestación es la irrupción del actor que a través de ella se revela, aparece o surge en una trama pre-existente de relaciones que esa misma irrupción, ese mismo surgimiento, viene a sacudir y a cuestionar. El espacio público es el espacio en el que una visibilidad compartida hace posible el permanente surgimiento de lo nuevo, la permanente re-definición del propio marco de lo común, y es, por lo tanto, un espacio constitutivamente conflictivo. O aporético: es necesario que haya un espacio público de visibilidad compartida para que en su seno puedan manifestarse nuevos actores colectivos por medio de acciones y de discursos que al producirse reactivan y, por así decir, rediseñan ese mismo espacio. El espacio público se nutre de las luchas que no cesan de reinventarlo todo el tiempo: la institución misma de lo común no puede sino ser permanentemente puesta en tela de juicio y reactualizada por las acciones que ella hace posible y que al mismo tiempo la cuestionan. Estamos en el corazón de la dialéctica entre lo instituido y lo instituyente, del *conflicto* permanente entre el espacio público establecido y la acción política que en él irrumpe para desacomodararlo o impugnarlo. Lo común no es – como querría un pensamiento conservador largamente dominante– lo exento de conflicto: es el resultado de los conflictos que lo instituyen. Es lo que nos enseñó, a lo largo de su obra, Claude Lefort<sup>18</sup>, de la mano del cual podemos sostener que pensar la política en términos fenomenológicos, republicanos y conflictivistas es pensar la tensión entre *lo político*, entendido como el principio mismo de organización de la vida común, y *la política*, entendida como el permanente proceso de su refundación. Si esos dos campos no definen esferas diferentes y separadas, sino las dos hebras con las que se trama un único tejido, el resultado de estas elucubraciones es que ya no podemos (ni para condenar al modo temeroso de la *political science* más institucionalista ni para celebrar al modo entusiasta de las distintas formas del pensamiento anti-sistema) pensar las manifestaciones políticas *contra* las instituciones de la democracia, sino que tenemos que pensarlas como los modos en los que se expresa la tensión,

<sup>17</sup> TASSIN, Étienne. “La manifestación política: más allá del acierto y del fracaso”, conferencia brindada el 4 de noviembre de 2010 en la Universidad Nacional de General Sarmiento.

<sup>18</sup> LEFORT, Claude. *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*. Barcelona: Anthropos, 2000.

constitutiva de la política misma, entre las instituciones y las prácticas que se les oponen, entre el orden y el conflicto, entre el sistema y la revolución. Esa tensión, la permanente *actualización* de esa tensión, *es*, sin más, la política.

Si con estas herramientas volvemos ahora al análisis de los acontecimientos argentinos del 19 y el 20 de diciembre de 2001, podemos comprender la importancia que tiene, como clave para comprender la decisión y energía con la que se produjo, en la noche del primero de esos días y durante todo el segundo, la fuerte movilización contra el gobierno nacional, la declaración por parte del presidente, en la noche del día 19, del estado de sitio, que limitaba la libertad de los ciudadanos y las ciudadanas de aparecer en el espacio público y construir un ámbito común con los demás. Desde el comienzo, pues, las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre tienen un marcado sentido *político*, en la medida en que son manifestaciones en pos de la libertad, que la declaración del estado de sitio amenazaba cercenar. ¿De la libertad de qué? Pues de la libertad de *aparecer*. ¿De aparecer *dónde*? Pues en el espacio público, *entre* los demás, *con* los demás. La salida del ámbito privado del hogar al espacio público de las calles y las plazas cuestiona la clausura impuesta por el gobierno, construye un espacio de encuentro y hace posible la experiencia de una comunidad política: de una comunidad plural de actores forjada a la luz pública. No es por acaso que la represión estatal haya apuntado precisamente a disputar a esos actores el dominio de ese espacio público, a *desalojar* las plazas, a *vaciar* las calles: los espacios físicos en los que se materializaban los encuentros actuaban, para los manifestantes y para sus represores, como metáfora o como emblema del espacio simbólico de lo común en el que se hacía posible la libertad de acción y de discurso<sup>19</sup> y con ella la emergencia de la novedad que impugnaba el orden instituido, a esa altura apenas sostenido por la fuerza de las armas. Es la capacidad de los manifestantes de esos dos días de diciembre para constituir, con sus cuerpos y con sus palabras, ese espacio público y común lo que permite caracterizar a esas manifestaciones como políticas. Si al comienzo de estas notas habíamos contrapuesto a quienes calificaban a esas manifestaciones como políticas porque se oponían a la lógica de las instituciones y a quienes las caracterizaban como anti-políticas exactamente por la misma razón, lo que ahora querríamos señalar es que las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001 configuran un acontecimiento político *por el modo en que expresan la tensión, constitutiva de la política, entre orden y conflicto*: por el modo en que irrumpen en una trama de relaciones y crean en ella, en medio de ella y *contra* ella, una novedad. No porque en ellas un sujeto se haya opuesto a las instituciones o se haya levantado contra el poder o contra el sistema, sino porque en

---

<sup>19</sup> En efecto, pensar el discurso de ambas jornadas exige no solo considerar la consigna “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”, sino también vincular su enunciación con otras que sonaron simultáneamente. Porque junto al “Que se vayan todos”, se escuchó “No al Estado de Sitio”; “Argentina, Argentina”; “A dónde está que no se ve, esa gloriosa CGT”, “Salta, salta, salta pequeña langosta, De la Rúa y Menem son la misma bosta” y “Sin radicales, sin peronistas vamos a vivir mejor”

ellas pudo constituirse un nuevo actor colectivo capaz de luchar por su libertad por medio de su acción y su palabra.

## 2.

Las jornadas de diciembre de 2001 no solo tuvieron una evidente capacidad *destituyente* (la palabra no se usaba entonces, todavía, en los lenguajes políticos argentinos), que se expresó en su capacidad para forzar nada menos que el fin de la experiencia de un gobierno, sino también una gran capacidad *instituyente*: una fuerte potencia de institución de nuevos actores y formas de organización que le cambiaron la cara a la política argentina, hasta entonces organizada en torno a la firme vigencia de la lógica de la representación de los ciudadanos por sus dirigentes, y que después de ese acontecimiento tan estridente comenzó a vivir lo que se llamaron unos “*tiempos extraordinarios*”<sup>20</sup>: unos cuantos meses signados por un nuevo tipo de protagonismo social en la vida colectiva y por un conjunto de experiencias de auto-organización colectiva de distintos grupos, entre los que se destacaban las diversas organizaciones del movimiento piquetero, las asambleas barriales y las fábricas recuperadas. Estas experiencias de auto-organización, signadas por un rasgo común: el carácter asambleario de sus procesos de discusión y de toma de decisiones, revelaban la capacidad del movimiento popular no solo para poner en cuestión las instituciones representativas, sino para edificar frente a ellas una nueva forma de organización política y social. Si esta capacidad generó todo tipo de prevenciones en las zonas más conservadoras de la politología más convencional<sup>21</sup>, por el otro lado, y simétricamente, generó también grandes entusiasmos en otras franjas de las ciencias sociales y del ensayo social argentino de esos años, que –en consonancia con el tono que por entonces asumían ciertas orientaciones de la teoría y la filosofía política europeas<sup>22</sup>– celebraban la *autonomía* que revelaban estas experiencias frente a la lógica representativa de los partidos, los sindicatos y el sistema político en su conjunto.<sup>23</sup> Esta autonomía fue valorada positivamente, en efecto, en una cantidad de trabajos del más alto interés, que sin duda contribuyeron significativamente a nuestra comprensión de la novedad a la que asistíamos.

---

<sup>20</sup> SVAMPA, Maristella. *A 5 años del 19 y 20 de Diciembre de 2001*. Ponencia presentada en el Encuentro organizado por el equipo de Educación Popular Pañuelos en Rebeldía el 18/12/2006.

<sup>21</sup> CHERESKY, Isidoro. “Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto”. En: *Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas*, Universidade Federal de Santa Catarina: vol. 3, n° 39, 2002; TORRE, Juan Carlos. “Los Huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”. En: *Desarrollo Económico*. Vol. n° 42, ene-mar 2003, pp. 647-65; NOVARO, Marcos, *op. cit.*

<sup>22</sup> Gran parte de los estudios que desarrollaron una perspectiva “autonomista” de los sucesos decembrinos recuperaron los aportes que, desde la filosofía política, han realizado Michael Hardt y Toni Negri: HARDT, Michael y NEGRI, Antonio. *Empire*. Massachussets: Harvard University Press, 2000, y *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate, 2004.

<sup>23</sup> Colectivo SITUACIONES, *op. cit.*; ZIBECHI, Raúl. *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Buenos Aires: Letra Libre, 2003; SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián, *Entre la ruta...*

El énfasis, sin embargo, con el que se subrayó ese rasgo de las nuevas formas de organización social que aparecían frente a nuestros ojos ayudó poco a entender la complejidad del proceso que tuvo lugar en la política argentina en los meses y años que siguieron. Así, la progresiva desmovilización de muchos de los sectores que habían estado involucrados en estas experiencias, la recomposición de las instituciones representativas algún tiempo después del estallido de diciembre y el retorno de la vida política a sus cauces más o menos habituales fueron muchas veces conceptualizados en un tono de desencanto y fatalismo, cuando no incluso de condena a los propios protagonistas de la historia por su presunta incapacidad de estar a la altura de lo que esas líneas interpretativas suponían que habían sido o debido ser sus propios horizontes y por su consiguiente “recaída” (no necesitamos subrayar todas las connotaciones, desde las bíblicas hasta las médicas, de la palabra) en situaciones anteriores. Y la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003 fue sancionada como el “fin de los tiempos extraordinarios”<sup>24</sup> y el comienzo de una era de nueva normalidad conquistada en base a la “cooptación” de los movimientos a los que ese gobierno comprendió que debía prestar oídos y convocó a sumarse a la gestión del aparato del Estado. En este sentido, Svampa sostiene que

tanto la demanda de recuperación del Estado “desde abajo”, así como los anhelos de una democracia participativa, implicaban una reforma política, algo que estuvo muy lejos de ser pensado desde el espacio institucional. Más bien, parte de esas demandas sufrieron las tentativas de cooptación por parte del sistema institucional, para terminar siendo objeto de una apropiación ilegítima por aquellos mismos partidos políticos –y aquellos dirigentes– que fueron responsables de su vaciamiento<sup>25</sup>.

El perezoso supuesto teórico de que el Estado es siempre y por principio un enemigo del movimiento popular<sup>26</sup> llevó a los y las adherentes a la línea interpretativa que aquí estamos presentando a cuestionar muy severamente la decisión de los movimientos sociales (cuya capacidad de renovar las cosas venían reconociendo y celebrando hasta el instante inmediatamente previo) que aceptaron esa convocatoria, una decisión que en todos los casos fue el resultado de un conjunto de procesos y de discusiones que se desplegaron dentro de cada uno y que involucraron distintas consideraciones sobre las maneras de relacionarse con el Estado, o eventualmente de habitarlo. La tesis de la “cooptación” es muy menesterosa, porque diluye la capacidad de los sujetos colectivos (que *no* se discutía cuando el resultado de sus deliberaciones democráticas internas iba en un sentido diferente) de definir el rumbo de sus propias acciones, y los vuelve apenas, de los *sujetos* activos que se había reconocido en ellos un momento antes, *objetos* pasivos de la astucia de los gobernantes del Estado,

---

<sup>24</sup> SVAMPA, Maristella, *A 5 años...*

<sup>25</sup> SVAMPA, Maristella. *Cambio de Época. Movimientos Sociales y Poder Político*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, p. 56.

<sup>26</sup> NATALUCCI, Ana y PÉREZ, Germán. “La imaginación institucional. Movimientos sociales y Estado en Argentina (2003-2015)”, ponencia presentada en el III Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador, Quito, 26 al 28 de agosto de 2015.

cuando no de su capacidad para comprar su voluntad a cambio de unos cuantos recursos materiales, simbólicos o afectivos.<sup>27</sup>

El problema de este tipo de interpretaciones es que vuelve a reponer, *después* de la manifestación que destituyó a un gobierno y del rico proceso que se desarrolló en los meses subsiguientes, el tipo de mirada dicotomizante que había organizado las interpretaciones que ya cuestionamos sobre el propio movimiento destituyente de un año y medio antes. En la primera sección de este texto, en efecto, criticamos las interpretaciones del movimiento del 19 y 20 de diciembre de 2001 que, para señalar su carácter político o su carácter *anti*-político, enfatizaban el carácter anti-institucional de las movilizaciones de esos días, hipostasiando la distinción entre el mundo de las instituciones y el de la acción instituyente de los sujetos de la protesta, como si las acciones de los sujetos (*todas* las acciones, de *todos* los sujetos) no se realizaran *siempre* sobre el telón de fondo de las instituciones en relación con las cuales se llevan adelante —o, mejor todavía, en determinados escenarios que esas mismas instituciones contribuyen siempre a definir—, y dijimos, en discusión con ese tipo de miradas, que lo político de aquellas dos jornadas había sido la capacidad de los manifestantes para constituir, con sus cuerpos y con sus palabras, un espacio público común de aparición de una voz o de unas voces que hasta entonces no se venían pudiendo hacer oír. Esa misma capacidad es la que en los meses subsiguientes se expresó en la dinámica asamblearia con la que se organizaron las discusiones que tuvieron lugar en las organizaciones piqueteras, en las asambleas barriales y en las fábricas recuperadas, todas las cuales, al mismo tiempo que generaron las condiciones para la aparición de nuevas voces en el espacio público (y no solo “al mismo tiempo”, sino *para afirmar y reforzar esa capacidad*) protagonizaron un proceso de *institucionalización* extraordinariamente interesante. En efecto, en todos esos espacios se discutieron las formas de organización, se discutieron las propias formas en las que había que discutir, se discutieron las reglas y los mecanismos para la conversación y para la toma de las decisiones. En eso consiste un proceso de institucionalización, sin el cual solo existiría el puro espontaneísmo de una acción sin ningún marco y sin ningún destino distinto del de afirmarse en la pureza de su resplandor de un solo instante.

En este sentido, resulta interesante reflexionar sobre la compleja relación que los movimientos sociales entablan con las instituciones representativas a la luz del carácter complejo que adquiere la noción de acción en el pensamiento arendtiano. Para ello es necesario no solo remitir a las páginas de *La condición humana*, sino articular esa noción con los análisis de Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. Así, si bien la irrupción espontánea de la acción adquiere un lugar central en la comprensión arendtiana

---

<sup>27</sup> Svampa habla de un “clientelismo afectivo” en el modo del gobierno de Kirchner de intentar recuperar el vínculo del Estado con los sectores populares por la vía de la asignación de planes sociales a diversas organizaciones caracterizadas por una fuerte matriz nacional y popular, como la FTV y Barrios de Pie (SVAMPA, Maristella. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus, pp. 193-5).

de la política, Margaret Canovan<sup>28</sup> advierte sobre el peligro que trae consigo la potencia creadora y transformadora de la acción para el mundo común, y destaca la importancia que adquiere la creación de instituciones que provean la estabilidad necesaria para que cada individuo pueda aparecer ante los otros. Y, desde luego, no cabe esperar que ese proceso de institucionalización pueda producirse fuera de todo diálogo con las formas de organización de la vida social en general, con las leyes que rigen la existencia colectiva de la sociedad y con el propio Estado y sus instituciones, cuyas fronteras con los movimientos sociales y con la vida social en general no es necesario volver a subrayar que son –como sabemos de sobra desde hace mucho tiempo– inciertas y porosas.

La pregunta que más bien corresponde hacerse es qué capacidad tienen los sujetos, en ese proceso siempre complejo de institucionalización de lo que hacen, de construir escenas donde hacer aparecer sus cuerpos<sup>29</sup> y sus voces, y en esa aparición dar lugar a una nueva subjetividad colectiva con mayor potencia. Y esa es la discusión que de hecho tuvo lugar dentro de las propias organizaciones que aquí y allá debieron decidir si seguir haciendo oír sus voces *solamente* en la calle y en las plazas, si dar curso a sus demandas dentro de los canales institucionales del Estado o si combinar de distintos modos ambas estrategias<sup>30</sup>. Una mirada fenomenológica y no prejuiciosa, prescriptiva ni dictaminadora sobre este proceso tan complejo implica situarse en el *interior*, y no en el *exterior*, de las opciones que se presentaban a las organizaciones y de los términos en los que en su seno se dieron estas discusiones, y cuando se hace eso se descubre que la mirada que estas tuvieron sobre el Estado fue mucho menos lineal y simplista que la que lleva a hacer de él ora un puerto de llegada de toda militancia, ora una máquina de cooptar o desmovilizar, y en ambos casos un transformador radical de todas las organizaciones que “ingresan” a él, como si ese “ingresar” desde un presunto –y por supuesto que imposible, o solo posible de manera excepcional– “afuera” de la política institucional fuera un gesto tan

---

<sup>28</sup> CANOVAN, Margaret. *Hannah Arendt: A reinterpretation of her political thought*. Cambridge: CUP, 1999.

<sup>29</sup> Judith Butler recupera las reflexiones arendtianas acerca de la capacidad de los hombres de aparecer a la luz de lo público e instituir consigo su espacio de aparición, tomando como eje de análisis la importancia que adquiere, no sólo el discurso sino la acción conjunta de los cuerpos. En este sentido, la autora sostiene que “cuando los cuerpos reunidos dan forma a un tiempo y espacios nuevos para la voluntad popular, que no es voluntad idéntica ni unitaria, sino una voluntad caracterizada por la alianza de cuerpos distintivos y adyacentes cuya acción e inacción exige un futuro distinto. Juntos ejercitan el poder performativo para reclamar lo público de una manera que todavía no está recogida en la ley y que no podrá nunca estar recogida del todo. Y aquí la performatividad no solo atañe al discurso, sino también a las reclamaciones expresadas a través de la acción corporal, de los gestos, los movimientos, la congregación, la persistencia y la exposición de los cuerpos a posibles actos violentos (BUTLER, Judith. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós, 2015, p. 79).

<sup>30</sup> En esta línea, resulta interesante lo que dice Ana María Fernández respecto a los modos en los que las diversas asambleas han decidido establecer un lugar para su funcionamiento. Ante el interrogante ¿es mejor pedir un predio u ocuparlo?, la autora sostiene que “en más de una asamblea han optado por pedir y ocupar al mismo tiempo. Frente a esta situación, ante argumentos de algunos de los vecinos de que ocupar un espacio sería una acción ilegal, una vecina dice: “nosotros vayamos al local, limpiemos todo y pongámoslo en funcionamiento. ¿vos crees que Ibarra, en pleno año electoral se va a animar a mandarnos a la policía y desalojarnos? Si querés también le podemos hacer una nota al Centro de Gestión y Participación (CGP)” (FERNÁNDEZ, Ana María. *Política y Subjetividad. Asambleas Barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2008, p. 56).

nítido, tan preciso o tan definitivo. No: la acción política no es la irrupción efímera en medio de lo dado que se afirma a sí misma en la pura negación de todo lo que existe, sino la que consigue instituir, *en medio de todo lo que existe*, un espacio de aparición y de visibilidad común donde la libertad pueda aparecer.

En cierto sentido, todo el pensamiento político de Arendt se despliega en el corazón de esta tensión entre el énfasis “institucionalista” en los sistemas y dispositivos de gobierno que sobresale en la lectura “republicana” que propone Canovan<sup>31</sup> y el énfasis en la fragilidad de la acción instituyente de lo nuevo en medio del orden establecido de las cosas que se destaca en la interpretación fenomenológica de Tassin, para quien cada acción manifiesta ante el mundo el principio que le dio origen, que es reactualizado cada vez que los hombres actúan a la luz de un espacio público en el que adviene una comunidad intempestiva, vinculada y mantenida –pero nunca completada– por la acción común, cuyo carácter distintivo reside en su potencia ilimitada e infinita. Es posible que ambas interpretaciones, para dar cuenta efectivamente de las situaciones de aparición –pero también de algo más que pura “aparición”: de afirmación y capacidad transformadora– de algo nuevo en la vida de las sociedades deban combinarse, y eso es lo que estamos intentando hacer aquí. Si tuviéramos que decirlo en una frase, diríamos que de lo que se trata es de desplazarnos desde el énfasis en el actor hacia el énfasis en el mundo: desde las presuntas “intenciones” y los también conjeturales “objetivos” de los sujetos de la acción hacia las *escenas* en las que la aparición *pública* de los cuerpos y las voces de esos sujetos se vuelve posible y la *política*, por lo tanto, puede *tener lugar*.

Decíamos más arriba que el enfoque con el que queremos, en base a la lectura de la obra arendtiana y de las interpretaciones que de ella elaboraron Canovan y Tassin, dar cuenta de la evolución de la vida política argentina de las dos últimas décadas propone un enfoque republicano, porque nos interesa precisamente el carácter *público* de esos espacios de aparición, de esas *escenas* –insistamos– de aparición de los cuerpos y de las voces que aspiran a introducir una novedad en el orden de lo dado. ¿Es necesario renunciar a la posibilidad de configuración de esas *escenas públicas* después del fin de los “tiempos extraordinarios” del gran desbarajuste de 2001 y 2002 y de la vuelta a cierta normalidad institucional después de 2003? *Estamos convencidos de que no*. De que la normalidad institucional no es una enemiga de principio de la posibilidad de generar espacios públicos de aparición de los cuerpos y de las voces, de discusión en términos novedosos de las cosas y de transformación, por lo tanto, del mundo.

---

<sup>31</sup> Recuperando fundamentalmente las reflexiones desarrolladas en *Sobre la revolución*, para Canovan, uno de los objetivos centrales de la publicación de 1956 fue “presentar una versión del republicanismo humanista sin el modelo de la fabricación, sin pensar en medios y fines, y sin la santificación de la violencia” (CANOVAN, Margaret. *Hannah Arendt: A reinterpretation...*, p. 166). Esta perspectiva republicana se encuentra atravesada por el glorioso fracaso de la Revolución Húngara de 1956 y tiene como resultado un tipo de humanismo distinto a aquello propuesto por el Iluminismo, signado por la alegría y la confianza en el hombre. Frente a ello, la intérprete afirma que la única respuesta al totalitarismo se despliega a través de los “acuerdos entre los ciudadanos para establecer y mantener una república basada en la igualdad de derechos para todos” (p. 197).

Diríamos incluso: de que la normalidad institucional, si se deja habitar por las enseñanzas de los momentos de agitación más democrática que a veces la han sacudido hasta derrumbarla, puede ser un contexto particularmente adecuado para la generación de esos espacios. Para eso tiene que alejarse del modelo de una democracia puramente liberal o representativa y abrirse a las posibilidades de ampliación de los mecanismos de participación popular, deliberativa y activa en los asuntos públicos que caracteriza a las democracias participativas.<sup>32</sup>

### 3.

Por supuesto, no es soplar y hacer botellas. Pero nada ganamos con *separar* la discusión sobre la cuestión de la república, que viene ocupando el centro de la escena teórico-política argentina desde la última década del siglo pasado hasta hoy mismo, de la discusión (en cierto sentido *anterior*: fue la discusión que dominó todo el campo de los debates políticos, públicos y académicos en los años de la “transición”) sobre el problema de la *democracia*. Que en sus formulaciones más interesantes era identificado con el problema, *no* (o no *solamente*) de la construcción de unas reglas de juego que garantizaran la vida y la libertad de todo el mundo a cambio de la aceptación de la lógica por la cual los ciudadanos no deliberan ni gobiernan “sino por medio de sus representantes”, sino de la construcción de unos ámbitos donde fuera posible la *participación popular, deliberativa y activa, en los asuntos públicos*, la “retomada”, pues, por parte de la ciudadanía, de al menos algunas porciones de esa soberanía que la democracia liberal le obliga a enajenar en sus gobernantes. En los años 80, de la posdictadura y de la “transición a la democracia”, esa discusión solía plantearse, en la Argentina, en los términos de un contrapunto entre el privilegio de la “libertad negativa”, liberal o “libertad-de”, y la libertad “positiva”, *democrática* o “libertad-para”. Y pues bien: es precisamente esta idea de la libertad como libertad positiva de la ciudadanía *para* gestionar sus asuntos comunes la que estamos concluyendo que es fundamental para el sostenimiento, en la Argentina de veinte años después de los acontecimientos que aquí hemos examinado, de una alternativa republicana como la que el pensamiento de Arendt nos permite conceptualizar.

Néstor Kirchner ejerció la presidencia entre 2003 y 2007. Lo sucedió la hasta entonces senadora Cristina Fernández de Kirchner, quien desplegó durante dos períodos, entre 2007 y 2015, una acción de gobierno de tono socialmente avanzado y políticamente inspirada en la idea de *democratizar* el

---

<sup>32</sup> Carole Pateman propone reflexionar sobre la posibilidad de dar lugar a la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos en el marco de instituciones representativas, y de hacerlo en múltiples ámbitos de la vida común. Por supuesto, dice, “el hombre común podrá (...) seguir estando interesado en cuestiones cercanas a su persona, pero la existencia de una sociedad participativa significaría que fue mucho más capaz de evaluar la actuación de los representantes a nivel nacional, que estuvo mejor pertrechado para tomar decisiones de alcance nacional cuando surgió la oportunidad de hacerlo, y tuvo más capacidad de sopesar el impacto que producirán sobre su propia vida y entornos inmediatos las decisiones tomadas por los representantes nacionales” (PATEMAN, Carole. *Participación y teoría democrática*. Buenos Aires: Prometeo, 2014, p. 181).

país, por lo que se entendía, en esos años, expandir un amplio conjunto de derechos. La idea de *democratización*, en efecto, estaba asociada, en la retórica del kirchnerismo y en la orientación efectiva de muchas de sus políticas, a la noción de ampliación o universalización de *derechos* (lo cual venía a significar, por el lado del revés: de reducción de los privilegios y las prerrogativas), idea a la que venía a añadirse la de una libertad que empezaba a ser entendida, *al mismo tiempo que* como la libertad de los individuos “de” los poderes que podían asfixiarla (se ha dicho ya que el kirchnerismo tuvo un decisivo componente “liberal” de preocupación por ese tipo de libertades)<sup>33</sup>, como la libertad colectiva del pueblo o –para decirlo con otra palabra, cara a las tradiciones populares argentinas– como *soberanía*.<sup>34</sup> En contrapartida, el kirchnerismo parece haber sido menos capaz de generar (o de propiciar que se generaran) escenas de grandes conversaciones colectivas sobre la marcha de la vida colectiva de la sociedad que permitieran, como lo había hecho la gran movilización popular de diciembre de 2001, la *aparición* en el espacio público de otros actores, distintos de los gubernamentales o de los que habitaban las instituciones del sistema político formal, que pudieran “tomar la palabra”, conmovir y *ensanchar* el espacio de discusión de los problemas y de toma de las decisiones.

A los tres gobiernos kirchneristas siguió, en un movimiento de péndulo que también protagonizaron, con distintas características, varios otros países de la región, un gobierno de derecha empresarial de orientación económica pro-mercado y de una marcada vocación antidemocrática, que se expresó en los altísimos niveles de represión de la protesta social, en el recorte de cantidades de libertades y de derechos de esos a los que nos referíamos en el párrafo anterior (más: en la desaparición de la propia *palabra* “derecho” de la retórica gubernamental) y, para lo que interesa aquí, no ya en una escasa promoción, sino en un activo desaliento de todas las formas de involucramiento ciudadano en la discusión de los asuntos que interesaban a la sociedad o que concernían a su vida colectiva. Este desaliento conoció formas que fueron desde una discursividad marcadamente hostil a toda forma de militancia o de compromiso con cualquier causa distinta que la de la propia supervivencia en la sociedad gobernada por las leyes del mercado hasta mecanismos diversos, a veces extraordinariamente violentos, de hostigamiento a todo tipo de espacios de sociabilidad política y cultural, de persecución a dirigentes políticos, sociales y sindicales y de ensañamiento sobre una cantidad de personas (especialmente de

---

<sup>33</sup> RINESI, Eduardo, “¿Qué es el kirchnerismo?”, en FREIBRUN, Nicolás, HAMAWI, Rodolfo y SOCÍAS, Manuel (comps.), *Qué es el kirchnerismo. Escritos desde una época de cambio*. Buenos Aires: Peña Lillo y Continente, 2011, y “Notas para una caracterización del kirchnerismo”. En: *Debates y combates*, N° 1, 2011, pp. 141-71.

<sup>34</sup> Cuando concretó el pago de toda la deuda que la Argentina tenía con el Fondo Monetario Internacional, el presidente Kirchner afirmó que a partir de ese día los argentinos éramos “un poco más libres”, y la misma frase usó su sucesora cuando la Argentina puso en órbita un satélite de comunicaciones de fabricación nacional. La libertad de la que en ambos casos se trata es la libertad colectiva del pueblo (la *soberanía* de ese pueblo), entendido como sujeto colectivo, frente a actores exteriores a él como un organismo financiero internacional o un complejo comunicacional global. Se trata pues de una idea de la libertad no como cosa privada sino como cosa pública, como parte de la *res publica*. De una idea *republicana*, en fin, de la libertad.

jóvenes) que fueron víctimas de feroces episodios de violencia institucional, de una gravedad que no se había conocido en la Argentina desde los ya lejanos años de la última dictadura.

Si el fanatismo neoliberal del gobierno del ingeniero Macri y su disposición a usar y abusar de todas las fuerzas de represión, inteligencia estatal o paraestatal, disciplinamiento y castigo que tenía a su disposición constituyeron importantes desestímulos para el desarrollo de espacios de participación, deliberación y elaboración colectiva de propuestas para la transformación de la sociedad, la emergencia sanitaria que se desató en todo el mundo justo cuando en la Argentina el gobierno volvía a cambiar de signo y podía imaginarse una vuelta a la posibilidad de seguir pensando cómo fortalecer la debilitada democracia que todavía y malamente regía en el país, volvió a reclamar de todos los ciudadanos y todas las ciudadanas, ahora en nombre de los imperativos de una salud pública que los expertos recomendaban custodiar evitando los contactos y las reuniones, un *alejamiento de*, más bien que una vuelta a, esos espacios de deliberación, participación e intervención activa en la vida pública que decíamos hace un momento que una república activa reclama para sobrevivir y para funcionar. No menos desalentadora de cualquier forma de participación popular en los asuntos públicos fue, en los meses que siguieron, la decisión del gobierno nacional de tratar uno de los mayores problemas que había heredado del gobierno precedente (la enorme, ilegal e ilegítima deuda externa contraída y fugada casi en simultáneo en el último año de la administración macrista) no como un asunto *político* que requiriera la opinión y la discusión de todo el mundo, sino como un asunto *técnico* a ser tratado sigilosamente y a resguardo de cualquier posibilidad de impugnación ciudadana de la decisión de aceptarla y de pagarla que el gobierno adoptó sin discutir con nadie, o por lo menos sin discutir con la ciudadanía.

Esa es la situación en la que hoy, a poco más de un año de un nuevo recambio gubernamental en el país, tenemos el desafío de plantearnos estos problemas que aquí hemos querido presentar muy sumariamente. De lo que se trata, nos parece, para ser fieles a lo más interesante y recuperable del legado de aquel movimiento de veinte años atrás que recordábamos al inicio de estas líneas, es de perseverar en la afirmación de un espacio público de libertad, que solo podrá serlo —volvemos, ya casi para terminar, a Arendt, ahora a una preciosa conferencia suya recogida en *La libertad de ser libres*— si se trata de un espacio público de una libertad que podamos entender “en su forma más auténtica y radical: la libertad para participar en los asuntos públicos, la libertad de acción”<sup>35</sup>. Esa libertad de acción, esa libertad para participar con otros y entre otros, a través de la acción y de esa forma específica de acción que es la que realizamos con palabras, en el espacio público que formamos con esos mismos otros, esa libertad para *aparecer* en ese espacio público y para, por medio de nuestras voces, de nuestros reclamos, de nuestros argumentos y de nuestras razones, amplificarlo, ensancharlo, es necesaria para que

---

<sup>35</sup> ARENDT, Hannah, *La libertad de ser libres*, Duard (ePub), 2018: 23.

podamos seguir hablando, en una Argentina donde esas posibilidades están severamente amenazadas, de república. La república no pelagra, como temen los que la confunden con una sola de sus formas: la república aristocrática, elitista o de los menos, cuando el pueblo hace su aparición para sacudirla y animarla, sino cuando a ese pueblo, de tanto ver cerradas las puertas a los espacios de participación a los que aspira, lo terminan ganando el escepticismo, el cansancio o el desinterés.